



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10847

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 30 DE DICIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Daumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

TEATRO PRINCIPAL

MAÑANA VIERNES 31 DE DICIEMBRE DE 1897

DEBUT

de la compañía de zarzuela cómica que dirige el primer actor cómico

DON LINO RUILOA

en la que figura la distinguida 1.ª tiple

SRTA. D. ISABEL HERNANDO

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Materia completa para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abaca, acero y hierro.

Vías, raíls, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

UNA CARTA

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA:

Mi estimado amigo: He leído con gusto y producido en mí el mayor entusiasmo el artículo titulado *Mucho ruido...* que publica en su número de anteayer EL ECO, y francamente, aunque supongo que sea una inocentada propia del día en que tan bien escrito artículo se publicó, aplaudo con toda la efusión de mi alma los nobles y patrióticos impulsos que al autor de tal trabajo impulsaron.

¿Acaso es imposible la unión del partido conservador liberal? ¿Existen tan insuperables obstáculos para llegar á la deseada concordia?

Creo que no, y hasta me atrevo á decir que lo que para EL ECO, en día de inocentes, ha sido una aspiración, nobilísima, será en breve consoladora realidad.

Los pueblos no están gobernados por los hombres sino por las ideas; los primeros desaparecen, las segundas quedan para cumplir el fin histórico á que tiende la vida nacional. Cánovas del Castillo murió martir del deber, pero el gran partido por él creado bajo la base de agrupar todos los elementos conservadores del país al servicio de la libertad y del Trono, ese partido vivirá con su saludable doctrina, apesar de todos cuantos antagonismos personales puedan separar un día á ciertos hombres, y sean cuales fueran las ambiciones que en unos ú otros puedan existir.

No es el partido liberal conservador agrupación de amigos de éste ó de otro prohombre político, sino la representación de grandes fuerzas nacionales que concurren á gobernar la Nación, á presidir el prudente desenvolvimiento del progreso, hermanando la tradición con los nuevos elementos del derecho; por esto, que es superior á la voluntad de los hombres, no puede decirse que el partido está desunido, ni que la cuestión jefatura pueda presentar inconvenientes insuperables; ésta surgirá por

fuerza é independientemente á cualquier capricho individual, y toda disidencia que se promueva debida á la ambición, al antagonismo ó á la mala voluntad, será, como ha sido siempre, un astro perdido y sin rumbo en el horizonte de nuestra política.

¿Qué diferencias de doctrina separan al Sr. Romero y á D. Francisco Silvela? Ninguna, ambos pertenecen al gran partido conservador: el programa moralizador del Sr. Silvela es común á todos los partidos, ¿por fortuna hay alguno que sustente la inmoralidad administrativa? Común es también el deseo de normalizar la Administración de justicia bajo la base de abaratar el procedimiento sin debilitar la discusión y defensa necesarias á la rectitud del fallo; común la aspiración de que los tribunales sean verdadera garantía de la defensa social; peculiar á todo el partido conservador la protección al trabajo nacional fomentando las grandes fuerzas productivas del país, y nota esencial de toda doctrina conservadora el más ferviente amor á las Instituciones, el profundo respeto á las leyes, y el ejercicio de una saludable tutela sobre las costumbres, con el objeto de que toda reforma legal arraigue en las mismas y se desarrolle con orden y sin perjudicar los grandes intereses históricos.

Esto pide y proclama el Sr. Silvela, y esto mismo proclama y pide el Sr. Romero; ¿por qué, pues, ha de ser imposible entre ellos la unión? ¿Como han de permanecer separados los que en cuanto á doctrina y á aspiraciones patrióticas están unidos?

¿La cuestión jefatura! Esto es muy pequeño para que rompa la estructura del gran partido conservador: la voluntad de un hombre no puede dar al traste con toda una fuerza viva nacional, que al manifestarse ante las necesidades de gobierno, hará surgir el jefe,

si nó entre los más sabios, entre los prudentes; pues no es la sabiduría, el ardor bórico político, ni el sentido jurídico, que á Silvela adjudican, la nota esencial que ha de reunir el jefe, sino los prestigios del pasado que cimenten autoridad para lo porvenir.

Por eso el Sr. Romero Robledo se declaró ante la Asamblea de Madrid «jefe interino» mientras otro hombre no ocupara el lugar dejado por el inmortal Cánovas: quien sea ese hombre, las circunstancias lo han de decir, y si éstas designaran al Sr. Silvela, todos sin distinción la aceptaríamos, como entiendo que el Sr. Silvela habrá de aceptar la de cualquiera otro que imponga la necesidad y surja de la espontánea manifestación del partido.

Los partidos políticos representantes de doctrinas y procedimientos que encarnan en las fuerzas vivas del país, no se crean y disuelven de Real Orden: viven mientras son necesarios al fin que cumplen, y funcionan y se desarrollan, independientemente de la voluntad de un hombre por alta y grande que sea su jerarquía: y como el señor Romero Robledo lo ha entendido siempre así, y no hay divergencia de doctrina que le separe del resto del partido conservador, de esperar es que en aras al patriotismo, los que no han proclamado interina su jefatura, vengán á sujetar malos impulsos debidos al amor propio, y aceptar la unión y concordia, más necesaria hoy, en que tan problemáticos parecen presentarse los destinos de esta infortunada Patria.

Si cree V., Sr. Director, que pueden publicarse estas mis impresiones y deseos, le quedará altamente agradecido su afmo. s. s.

q. b. s. m.,

Antonio Barrachina.

29 Diciembre 97.

La paz en Filipinas

Ya no cabe duda: la paz se ha impuesto en Filipinas; se ha pactado y se ha cumplido el pacto.

Ahora que el generalísimo Aguinaldo y el gobierno insurrecto, un puñado de cabezillas más ó menos notables quezan el mar á bordo de «Uranus», alejándose de las nativas playas para ir á establecerse en extranjera tierra, razonamos un poco acerca de los sucesos en que tomaron parte.

¿A qué obedeció la insurrección filipina? ¿Cuál fue su grito? ¿qué se propusieron los que figuraron como directores de la algarada?

El generalísimo lo ha explicado: no pretendían los rebeldes arrancar un giro á la patria, ni se les ocurrió escribir en su bandera un programa reformista; si gritaron viva la república Filipina fue por gritar algo, porque en realidad lo que les molestaba y les ponía fríos era la obscuridad de ciertas cosas que habían llegado á ser irreversibles.

¿Será cierta esa declaración del jefe de los tagalos? Sus antiguas vivas á España, que según el correspondiente de un periódico lo han puesto al tanto así parecen confirmarlo; si así fuera no tiene explicación la conducta del cabezillo, sublevándose en daño de España y contra España, para volverla después con entusiasmo, desahogado el momento de ofrecer la vida en su defensa.

Si es ingenuo ese modo de pensar del cabezillo, habrá que creer en su arrepentimiento; pero no hay que olvidar que tal vez lo determinó á pedir el indulto la serie de descalabros que sufrieron sus huestes, el convencimiento de no salir airoso con la empresa y la vida errante é intranquila á que se vió obligado desde que lo lanzaron las tropas de sus guardias de Cavite.

La paz en Filipinas es un hecho; pero no hay que fiar en las promesas de Aguinaldo si quiere conservarse tal beneficio. Hoy vitorea á España por arrepentimiento y quién sabe si mañana convertirá en grito de guerra aquel grito de paz.

Bueno es que se le haya perdonado:

CARLOS M EL HECHIZADO

263

das, regresaban á su país lanzando también este grito consolador, santificado por los recuerdos.—*¡A España!*

Tales eran el conde de Santisteban y el joven marqués de Monte-Azul.

Todos volvían sanos y salvos al inmenso foco de luz y tinieblas de adonde hacia un mes habían salido; á aquella corte oscura que principiaba á desarrollarse bajo el aliento de la civilización, y á emprenderse bajo la mano de los gobiernos y de la salvaje ambición de la Europa.

Y mientras tanto en esa corte postergada, existían otros corazones, otros sentimientos, otros sueños y otras esperanzas que cruzaban el Atlántico ó los Alpes para buscar un suspiro que chocase con los suyos, un deseo que se uniese á sus deseos.

En Madrid se vertían lágrimas por los cinco caballeros que partieron hace un mes; se rogaba al cielo porque este los hiciera volver con felicidad, y se esperaba con inquietud y temor el cumplimiento de los dos meses, para saber el feliz ó funesto resultado del viaje.

La casa de la marquesa de Monte-Azul se había hecho naturalmente el centro de las personas interesadas.

Margarita de Villouraz, bajo el pretexto de que

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 264

su esposo era también de los expedicionarios corría á saber novedades á casa de la madre de Ernesto, habiendo tenido el cuidado de presentar á Enriqueta Ponzoa como una de sus mejores amigas.

Reputada la de Monte-Azul por una de las señoras más virtuosas de la corte, era una garantía para el genio del Comendador el que su hija frecuentase una casa digna de la consideración de todas las personas sensatas: por lo tanto, lejos de oponerse, dejó que Enriqueta gozara de aquella corta libertad, interin llegaba el día de que entrase para siempre en las monjas del Sacramento.

En estas reuniones de cuatro mujeres devoradas por varios sentimientos, tanto la de Villouraz cuanto la de Ponzoa, habían conocido en Ana Alvarado una digna compañera de sus corazones apasionados.

Ana amaba como ellas, y sufría en más ó menos grado como las dos. Ana encerraba en su pecho un amor sin esperanza como Enriqueta, y de aquí el que estas dos jóvenes se inclinaban la una á la otra, no solo por la edad, sino por la semejanza de sentimientos.

En aquellas conversaciones prolongadas, llenas de recuerdos y á veces empapadas de lágrimas, se percibía un no sé qué de triste, que de cuando en cuando hacía estallar aquellos corazones vehementes.

CARLOS M EL HECHIZADO

267

—No está muy lejos, contestó la de Villouraz. Aquí lo tenéis.

Los ojos de las dos jóvenes se quedaron fijos en los puntos adonde se encontraban sus amantes. Cada cual creyó verlo al través de una ilusión, hasta que levantaron la vista lanzando un suspiro cada una.

—Estamos sufriendo sin poder, murmuró Enriqueta apartando el mapa, ya no sé qué es lo que anhelo buscar en estas cartas, ni por qué consiento á mi corazón semejantes extravíos. Ya es imposible todo.

—Dos lágrimas silenciosas cayeron de sus ojos.

—¿Por qué desesperar, murmuró Margarita.

—¿Por qué? ¡Ah! ¿no sabes que dentro de muy pocos días debo entrar en el Sacramento? Desde la fatal equivocación que hubo la noche del baile, mi padre no quiere que yo permanezca en medio de la sociedad. Alarmado con los rumores que se han esparcido de que el rey estaba ensaorado de mí, ha acelerado de tal modo mi entrada en el convento, que ya no volveré á verlo.

—¿Qué decides será tan pronto? preguntó Margarita.

—Muy pronto. Lo que tarde en conceder su real permiso.